

—¿Es que hay alguna dificultad?—interrogó temblando.

—No; es que... no se apure, hermana...
¿Quiere decirme cuántos años tiene?

—Ya lo creo; cuarenta y cinco cumpliré por Pascua.

La monja sonrió.

—Es lo que yo pensaba. No puede ser lo que usted desea; nuestra regla no admite novicias pasados los cuarenta.

—Entonces...

Engracia, sin poder pronunciar una palabra más, se desplomó en el suelo. La monja, asustadísima, huyó dando gritos. Un pájaro del huerto se había posado entre el ramaje de una ventana y se desgañitaba á cantar, como si pregonase la soberana indiferencia de la Naturaleza ante el dolor humano. Llegó un rayo de sol, que acentuó las sombras, y un asomo de viento las hizo moverse, paseándolas por el rostro de la desfallecida, como velo de encaje, más sutil que ninguno de los que ella labró. La imagen de Cristo seguía sonriendo, y en el cerebro, trastornado por el delirio, de la pobre mujer, martilleaba con tenacidad de pesadilla el eco sordo de una sola frase, que acaso ya nunca llegase á ser expresión de idea consciente:

—¡Tampoco Tú, Señor!...

LA MONJA MAESTRA

«La bienaventurada Verónica de Julianis, siendo aún muy niña, solía permanecer largo tiempo ante una devota imagen de la Virgen, que tenía en sus brazos al Santo Niño Jesús; y á menudo, con pueril candidez, le ofrecía las más preciosas cosas que le daban, como pudiera una hermanita menor regalar á su querido hermano.»

La voz de la lectora—hilo del surtidor cayendo sobre el mármol de la taza—resuena con resonar continuo y discreto: la niña desgrana las palabras místicas tonilleando monjilmente.

«Y acontecía que para recompensar tan tierno amor, el Divino Niño se apartaba con frecuencia de los brazos de su Santa Madre y se iba á los de la cándida doncella, y con ella se recreaba hablándole con sumo afecto...»

El bochorno de la tarde estival enrarece el aire. El calor rebota en las blancas paredes

de estuco y parece exhalar en pesados vapores del suelo entarimado.

Las unas educandas inclinan las frentes, como rosas marchitas, sobre los bastidores; trenzan otras mallas de encajes, y el castañeteo de los palillos, como que fuese música venida de muy lejos, para acompañar la salmodia de la lectura mística.

Rompe el silencio tal cual perezoso suspiro, y tal cual cabecita se alza con la boca entreabierto, buscando aire.

—¡Qué bochorno, Santa Madre de Dios!

De pronto un estruendo. Aquella chiquitina regordeta se quedó dormida y ha venido al suelo con silla y labor; el mundillo relleno de paja rebota como informe pelele; la trama del encaje se enmaraña, los hilos se rompen y los husos ruedan sobre el pulido pavimento con alegría de animalejos que en campo abierto se solazasen.

Las educandas aprovechan el incidente para hacer ruido; hablan todas á un tiempo, á un tiempo se levantan. La monja maestra acude en auxilio de la dormida, alzándola del suelo: la pone en pie y ha de sostenerla, porque, borracha de sueño, la gordinflona se tambalea; abre al cabo los ojos, mira en derredor llena de asombro, y acaso mal contenta de la realidad, ella, que tantas buenas cosas debía

estar soñando, rompe á llorar desesperadamente, refrotándose el rostro con las manezucas regordetas. La monja intenta consolarla.

—¿Qué tienes, Mariquita? ¿Te has lastimado? Vamos, despierta, criatura.

Pero la criatura llora, llora su sueño á más y mejor; si la dejasen volver á dormirse...

—Todo sea por Dios... Anda, Carlota, acompaña la y lávale la cara con agua bien fresca: tú, Carmela, recoge esos bolillos.

La maestra formula sus mandatos con voz triste y amable; las niñas obedecen como suggestionadas; una *de las mayores* sale de clase llevando á la dormida; se oye, distanciándose en la lejanía de los corredores, el sollozar obstinado de la nena.

El silencio quiere imperar de nuevo; pero hay diablillos bulliciosos que se colaron en la clase y siembran en ella inquietud desusada; crujen los bancos, chirrían agriamente los bastidores; los pies intranquilos rascan el tillado. La monja se yergue sobre la plataforma. —«¡Silencio, niñas!»— Una bocanada de viento levanta y golpetea las persianas, entra en el salón, pasa sobre las cabezas infantiles, enmarañando rizos, corre por la pared, sacude mapas y carteles, alzando nubecillas de polvo; por último, llega á la plataforma, envuelve á la maestra en cálida caricia que le

arrebola el rostro y hace presa en los vuelos almidonados de la toca, que se agitan precipitadamente.

Suscítase en los aires un rumor sordo; es un trueno lejano. ¡Tormenta! Si no podía ser de otra manera, con aquel calorazo. Las niñas se asustan.

—¡Qué miedo, Sor María Jesús!

Sor María Jesús intenta sonreír para animarlas; pero el rostro hermosísimo se le anega en olas de angustia; el sobresalto de las chiquillas crece.

—No se asusten, por Dios... Si va muy lejos la tormenta. Ea, subid las persianas y cerrad las vidrieras; si no hay por qué asustarse... Eso es. Ahora enciendes la vela del Santísimo; digo que no se asusten. Vamos á rezar el Trisagio.

Y rezan, puestas de hinojos, las palabras que rezan en el cielo ángeles y serafines: ¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos!

El miedo trueca en fervorosos sus corazones inconscientes. Tienen las manos juntas y el mirar azorado.

¡Cómo se retuercen las copas de los árboles del huerto, y cómo silban disciplinando el aire, y cómo restalla el ramaje menudo que se quiebra, y cómo llueven remolinos de ho-

jas que vienen á pegar en los cristales con silenciosa furia!

El rostro de la monja se angustia más y más: sin duda lleva ceñido al alma cilicio de espinas.

—¡Señor, Señor— balbucea entre las monotonías del rezo—, tened piedad de mí!

Termina el Trisagio; entonces Sor María Jesús, con voz desmayada por la lucha interior, habla á sus educandas:

—Niñas—les dice—, rezad un Padrenuestro por una gran necesidad.

El coro de voces infantiles se alza lleno de fe. A compás de la ingenua oración vase abanzando el rostro de la monja; su inquietud se trueca en resignada melancolía. Ventanas allá, mira los cielos conturbados donde se libran batallas de nubes, y murmura con mansedumbre adolorida:

—¡Por tantas inocentes que os lo piden!

Surge en los corredores campanilleo repiqueteante. Llegó la hora de asueto; la maestra golpea su libro de rezos forrado en estameña. Las niñas se levantan con movimiento unánime. Otra señal: ordénanse las filas. A la tercera comienzan á marchar pausadamente, de dos en dos, en silencio algo triste: la regla monacal inclina las frentes nacidas para alzarse libres, y clava al suelo las miradas an-

siosas de mirar. Ondulante, va saliendo la fila, y los pasos llenan de resonancias monocronas los corredores amplios. Con brusquedad insólita una chiquilla rompe el lineamiento inexorable; pronta como la luz vuelve á entrar en la clase, y llegando á la monja le besa la mano una vez y otra vez con precipitación hambrienta de cariño.

—¡Carmela!

Sor María Jesús quiere indignarse; pero Carmela, sin dar tiempo al enojo, luego de repetir la caricia, húyese tan prestamente como vino y torna á reunirse con sus compañeras, que abren ojazos tamaños, asombradas de la travesura, y orgullosas de ella cual si fuese propia.

Sor María Jesús permanece un momento inmóvil en medio de la clase, ya solitaria y silenciosa. Es la monja gallarda mujer, de rostro pálido y luciente mirar: tiene las manos como de alabastro, y el porte señoril da majestad de púrpuras y armiños á la burda estameña del hábito. Los bancos vacíos, los bastidores que enfundados reposan, las almohadillas sobre que descansan los husos quietos y callados, todo lo van mirando sus ojos cariñosa y compasivamente. ¿Qué piensa mientras mirando compadece?

Suena el toque llamando á la oración. ¡Y

qué son desolado tiene hoy la voz de la campana! El viento se apodera de ella, la quiebra, la desgarrá, la lanza hecha jirones al espacio... ¡Qué triste suena! Parece que llora y parece que burla.

II

Junto á la puerta de la capilla las buenas hermanas, que por las galerías van viniendo, detiéñense un instante. Desdoblan los negros y sutiles mantos y los componen sobre las blancas tocas; las cabezas, aleteantes como palomas místicas, se inmovilizan bajo la pesadumbre del cendal obscuro... Silenciosas, éntranse en la capilla, saludan al altar con reverente genuflexión, y luego se esparcen por los bancos, yendo á caer de hinojos.

Ved las Esposas del Cordero. Bajo los negros velos, las almas cándidas; bajo las frías tocas, el encendido pensamiento; bajo el silencio de los labios, el alma que dice amores hablando al Esposo.

La capilla fresca y acicalada dice devoción femenina y meliflua. Los nervios de la bóveda sujetos están con dorados y purpurados rosetones; el oro flamea en los altares; el bruñido

maderamen del piso refulge; la vidriería de matices suaves y correcto dibujo—santas exangües, Santos atildados, color de violeta, de rosa anaranjado, de ocre empalidecido—tamiza la luz y siembra el aire de irisaciones discretas; los encajes arremolinan sus espumas tenues junto al tabernáculo; las marfileñas madre selvas se desmayan en búcaros ante la imagen de María, vestida de túnica azul tierno, de rosa ternísimo con cenefas de plata; las lámparas góticas de latón deslumbrante reflejan la inquieta mariposa de luz, apriñonada en el vaso color de sangre, y en la mullida alfombra del presbiterio, sobre la blancura del fondo, se pavonean rosas galantes.

Y el aroma sutil, huella de incensaciones dominicales—más que á incienso trasciende á benjuí y estoraque—envuelve en caricia sensual aquellas rebrillantes y ondulantes y primorosas delicadezas.

Las vírgenes susurran su oración arrastrando las sílabas latinas con delectaciones melosas. Tras el susurro como de abejas, hay una pausa de silencio; luego, de las últimas filas, surge única una voz que en lengua castellana lee conceptos del amor divino. Es la voz inquietante de la monja maestra. Comienza la lección con fortaleza fervorosa; como perlería

desgranada va el río de palabras flameantes desbordándose, haciendo eficaz la palabra de Aquel que dijo: «Fuego vine á traer á la tierra.» ¡Cómo suena la voz de la lectora, cómo brillan sus ojos, cielos serenos! Pero bien pronto, como en los cielos, se amontonan en su frente las nubes; suscítanse en su ánimo huracanes deshechos: el alma sobrecogida tiembla, y á compás del alma tiemblan los labios. Y sigue la lección desasosegada y medrosa, y el llamear de los conceptos como que oscila y se retuerce, hoguera moribunda. Con pausa brusca se entrecorta ó con arrebatado anhelo se precipita. Y suena en la capilla la voz de la lectora, desolada, hecha trizas, como hecha jirones en el aire la voz de la campana.

III

Con lento andar cruza el Padre Manuel la capilla y entra en el retallado confesonario.

Las buenas monjas, una tras otra, van prolijamente relatando análogos escrúpulos. El Padre cabecea, aconseja y absuelve, sonriente, plácido: la psicología escasamente complicada de aquellas almas casi infantiles va sumiéndole en sopor dulce y beatífico.

Una monja.

Otra monja.

Absueltas, tras lenta acción de gracias al pie del altar, van saliendo de la capilla.

Llególe el turno á la monja maestra...

Y desesperanzada de encontrar remedio, lamenta al Padre que la oyó cien veces la historia de su angustia.

—No se atormente, no haga caso; tentaciones, hija, tentaciones del malo.

—Es que no puedo más. Es que llegué á lo

último, á lo último, Padre. ¿Será pecado desear la muerte por acabar con esta lucha?

—Pecado, hija, pecado grave. La vida es un tesoro que Dios pone en nuestras manos; hay que desear conservarle.

—Sí; si no quiero tampoco morirme, porque tengo miedo...

—Confíe en la misericordia de Dios.

—¿Cómo he de confiar en su misericordia si á veces llego á no creer en El? Y aquel que no cree ya está condenado.

—No diga eso, hija; son blasfemias.

—¡Si las pienso!—El alma de Sor María Jesús solloza desesperadamente—. No creo; no puedo creer.

—Sí cree, sí. ¿No dice que teme? El temor es el principio de la fe.

—De la fe no me queda mas que el miedo...

—Vamos, vamos, cálmese. Estas son pruebas que Dios envía. Pruebas ó castigos..., algún pecado que parece leve y Dios no juzga tal..., de apego á lo terreno, de soberbia; ya sabe, lo dice Kempis; á veces poca cosa impide la gracia.

—¡Poca cosa!— Hay una pausa grave y meditativa. Sor María Jesús halla luego en la abundancia de su amargado corazón.—Ya sabe, padre, cómo vine yo aquí, no por desengaño, no por tristeza de la vida: vine alegre,

vine por amor, sí, por amor de Dios, y Dios sabe que no me acuerdo del mundo. ¿Cómo he caído en esta miseria? No dudo de los dogmas, de los misterios. Creyendo en Dios todo es posible. Dudo de que haya Dios... Algunas veces, cuando estoy muy contenta, alzo al cielo los ojos buscando á quien dar gracias, ¡y cómo se ríe el sol en el cielo porque no encuentro á Dios! No puedo, no puedo con los días de sol, con el aire quieto, con las flores abiertas, con el agua tranquila; parece que la calma de la tierra es un espejo de la nada. Pues ¿y en la pena? ¡Señor, consoladme! Y el alma que se ríe, ¿quién te va á consolar? Y en la tentación: ¡Señor, acudidme! Y el diablo, sí, debe ser el diablo: ¿Quién te ha de acudir? ¡No, tampoco el diablo; si no creo en el diablo, no creo en nada, no puedo creer!

Sor María Jesús se ahoga gimiendo con gemidos inefables. ¡Cómo tiembla su cuerpo más reciamente que las ramas heridas por el vendaval!

Y el Padre Manuel cabecea suspenso y desorientado.

—¡Estas monjitas sabias!... Mire, hermana, déjese de locuras; lo que ha de hacer es no pensar en eso, no leer libros, ni de piedad siquiera; hartó sabe ya para enseñar á sus ni-

ñas; rezar vocalmente, sin pararse á meditaciones hondas; la Pasión, la Pasión y Muerte de Cristo es lo único que ha de leer y meditar... Y luego trabaje, trabaje mucho; sus niñas, su clase, labores de mano, eso es, sus niñas...

¡Sus niñas! El espíritu atribulado de la monja se ase con vehemencia á este único alivio.

—Sí, Padre, sí; las niñas me consuelan. A veces pienso: si no creyendo las enseño á creer, si por mí se salvan, ¿podrá valerme lo que por ellas hice? ¡Tantas almas por una!...

—El que procura un alma tiene á salvo la suya; lo dice el Apóstol. Eso, eso es lo que ha de pensar mientras enseña; y la fe volverá, ya lo creo. Y ahora...

Las palabras de la absolución caen lentas y refrigerantes como rocío matutino... Siéntelas caer sobre su corazón la monja penitente. Humíllase á tierra, sígnase muy despacio, y momentos después, leve y sigilosa, como visión que pasa, sale de la capilla.

IV

Al dejar la aromada frescura del Santuario, ¡qué calor el de aquellos corredores! Sor María Jesús en la capilla había olvidado la tormenta; ni oyó los truenos, que iban menudeando; y he aquí que, abriéndose de pronto una ventana con golpeteo recio, porque la abría el vendaval, entróse por el claustro el olor á búcaro, heraldo fragante de los chaparrones veraniegos. Lloverá. La monja imaginó con delicia la frescura del agua sobre su rostro calenturiento, y echó á andar camino del jardín. Bajó la escalerilla interior que conduce á los sótanos que ella creía entonces desiertos; pero encontróse la colmena rumbosa de las educandas, allí refugiada huyendo la tormenta, que seguía azotando copas y descuajando ramas en el jardín. Era el momento de la recreación que precede á la cena temprana. Las recreaciones de los internados son

melancólicas; nunca más propio el símil de ovejas sin pastor; sólo algunas chicuelas inconscientes gritan y ríen; las más, ó silenciosas ó confidenciales, sueñan con las dulzuras del hogar lejano ó dicen de ellas. Hay también flores incoloras de amores malsanos, abismos de íntimo desconsuelo infantil, negros como ninguno, porque se ignoran... Hoy las niñas están temerosas: agrupándose, buscan alivio al miedo propio en el ajeno miedo; á cada relámpago, jaculatorias atropelladas. La monja guardiana, vieja y medio sorda, hace calceta sentada en un rincón; á las veces, sin alzar la cabeza, refunfuña reprendiendo imaginarios deslices.

Sor María Jesús se detiene en la puerta. ¡Pobres criaturitas! Bien quisiera, recogiendo en un haz las cien cabezas pensativas, estrecharlas sobre su corazón. Allí está la gordinflona que se durmió en la clase, ahora bien despierta buscando una *mayor* á quien decir su miedo; allí está Carmela, la enamorada de la monja maestra, la que al salir de clase le besó la mano. ¡Dios las bendiga!

En el jardín los remolinos de viento, de polvo, de hojas caídas, de ramillas rotas, hacen casi imposible el caminar.

Sor María Jesús atraviesa, valiente, la explanada frontera al edificio.

Caen las primeras gotas, que abren huellas profundas como llagas en la aridez del suelo polvoriento. La monja sigue; las gotas menudean; arrecia el aire; las ramas bajas de laureolas y rosales la azotan el rostro; las plumas irisadas de los carrizos vuelan hechas pedazos. Hay tiestos caídos en los senderos con las flores tronchadas: un geranio sangriento se revuelca en el polvo; más allá revolotean en remolino los pétalos de una rosa que fué... ¡Qué delicia dejarse envolver por el viento, sentir el cuerpo macerado por su caricia dominadora!

¿Dónde está Sor María Jesús? Allí en lo alto, en lo más alto del jardín, en la plazoleta circundada de mirtos, un día reposorio galante, hoy emplazamiento de un Calvario. Las pobres monjitas buscaron el lugar más amable del donado jardín para plantar la austera raigambre del *arbor decora et fúlgida*. En el centro, donde antaño la fuente murmuradora, hoy, sobre escalinata y pedestal graníticos, la cruz herrumbrosa. Un espino florido abraza el pedestal y sube, brindando sus dardos, á la cruz. Allí la monja, sobre las gradas, cabe el espino; allí, dejando vagar en los aires el pensamiento; allí, bañando el rostro en las aguas que caen de los cielos, allí anhelando acaso que los vientos la lleven donde ellos

van... ¿Y dónde va el viento? Sabrálo Dios. El caso es que llega de poniente, y que ulula, monstruo azotado, con alaridos que dan espeluzno; que atraviesa gimiendo las grandes planicies, que rebota en los montes y se obstina en pasar, y bufa y se revuelve; que llegado á las frondas se hace sierpe y dragón, y se retuerce y dentellea... ¡Ay, las cimeras verdes hechas látigos! Y cada copa llora con distinto llorar; oid qué callandito los blancos álamos, y qué furiosamente las encinas, y con qué bronca voz los olmos seculares. Pasó la ráfaga, y entonces el ramaje suscita unánime un murmurar entrecortado, como llanto de niño que no acierta á encalmarse de pronto... ¿Dónde está el viento? El viento se ha perdido en el aire como un río se pierde en las arenas.

—¿Quién viene por la senda camino del Calvario?

Viene la niña: viene Carmela. Desafió valiente el aguacero, y el aguacero le inundó el rostro y le pegó á las sienes los rizos negros y alborotados.

La frente pensadora y el andar resuelto. Es como una idea que caminase.

La monja, absorta, no la ve llegar.

—¡Sor María Jesús!—El aire libre ahoga la voz de la rapaza, hecha á sonar discreta en el silencio de la santa casa—. ¡Sor María Jesús!

—¡Válgame Dios! ¿Cómo viniste, criatura?

—Vine á buscarla: no se enfade; la vi pasar estando en el sótano.

—¿Y pediste permiso?

La predilecta no responde.

—¡Cómo te has mojado! Vamos á casa, á casa.—La niña implora.

—No; un momento. Si ya va dejando de llover.—Y bruscamente ciñe los brazos al cuello de la monja y rompe á sollozar desesperada.

—¿Qué te pasa, chiquilla? ¿Qué tienes? Verás cómo la mojadura nos cuesta cara: estás calenturienta. Anda, cálmate, vámonos...

Carmela sigue sollozando: su corazón se agita como el de un pajarillo prisionero.

—Tengo miedo—susurra, á medias encalmada por las caricias de la monja.

—Vamos, te asustaron los truenos. No me gusta que seas cobarde: las niñas buenas no se asustan de nada.

El dolor de Carmela estalla.

—Es que yo soy muy mala..., muy mala.— Y casi desfallece.

—¡Qué dices!—La maestra escudriña el rostro descompuesto de la nena: hay en la frente de marfil rosado huellas de largo padecer—. ¿Por qué dices tú que eres mala? Cuéntamelo. Si yo sé que eres buena.—La voz cariñosa desliza suavidades balsámicas sobre el sufrir de la desconsolada—. Cuéntamelo tú.

Y entonces Carmela, atropellando conceptos y lágrimas, confiesa su pecado. Y oye la monja que la llorosa dice:

—Yo no quiero rezar, Sor María Jesús; yo

no quiero oír Misa; yo no quiero recibir al Señor porque no puedo, no puedo creer...

¿Veis cómo allá, en lo último del jardín monacal, tronchó el viento una palma, y ella, como ala rota, vino á tierra y allí quedó? Así contra el granito de la cruz la monja maestra.

¿Oís cómo en lo alto de la torre clamorea y solloza la campana batida por el aire? Así Carmela, mientras restaña la sangre que, mezclada con el agua del cielo, empurpura el blanco de las tocas.